

Épica, noética, poética...

Cuando yo era niño y estaba enfermo —lo que ocurría bastante a menudo— mi tía Flora me solía visitar para agasajarme con juguetes de cacharrería y entretenerme con canciones infantiles, del tiempo de Mari Castaña, que hoy, las pocas que recuerdo, aún me parecen más remotas. Había una en particular que tengo casi olvidada, que no he podido contrastar con recuerdos de mis contemporáneos y que, un tanto incomprendible pero descifrable, hasta hace poco creí que pertenecía al florilegio exclusivo y privado de mi tía; decía algo así:

*Érase una gallina ética,
mollética, pollética,
con el culo cocotudo
pero analfabética.
Que tuvo unos hijos éticos,
molléticos, polléticos,
con el culo cocotudo
pero alfabéticos.
Así que se trataba de una familia ética,*

*mollética, pollética,
con el culo cocotudo
pero alfabética.*

Años más tarde, cuando andaba a trompicones con mi Brentano y mi Trendelenburg, la canción (no ya su oscuro significado evolucionista y su disimulado, pero pedante, ribete pedagógico) volvió a sonar en mis oídos como una trasposición reminiscente del *nous poietikós* a la cultura de las aves de corral. En el mismo Brentano leí que las reglas de moral emanadas de un medio altamente culto suelen con frecuencia seguir su camino a través de siglos anónimos y anónimas sociedades iletradas, explicándose así cómo el campesino occidental, ajeno a las letras y fuentes de la cultura durante cien generaciones, se atiene a muchas reglas de conducta que fueron formuladas en la *Moral a Eudemo*. Gracias a eso, y a través de una investigación cuidadosa, vine a descubrir que el verdadero autor de *La gallina ética* fue el propio Aristóteles, quien la compuso hacia el año 345, durante su estancia en Mitilene, para distraer con unos pocos ratos de ocio, unos cuantos epigramas sangrientos y otros pocos epitafios de noble cuño, la ardua meditación de la «Filosofía primera». Mitilene era entonces famosa por la estrechez de miras de sus nativos en relación con la cosa pública, que tanto contrastaba con la gran liberalidad que demostraban hacia los animales domésticos y su gran desparpajo hacia sus asuntos privados. Y así como los retóricos, los filósofos y los redactores de constituciones no eran demasiado bien vistos, así los cerdos, las ocas, ovejas y gallinas ramoneaban, picoteaban y pastaban por las calles, plazas y murallas gozando del dulce clima de Lesbos y haciendo uso, con verdadera

educación ciudadana, de ágoras y pórticos mientras sus dueños permanecían en el interior de sus casas para disfrutar de su naturaleza. Este contraste debió de sorprender al filósofo quien (infero yo) extrajo su primera idea de la escuela peripatética —que había de fundar veinticinco años más tarde— observando la delicada conducta de las gallinas bajo el pórtico. Con ello, además de una velada censura a la vida privada de los ingratos mitilenos, vino a querer decir que para llegar a la sabiduría el hombre ha de abandonar de vez en cuando la cama y ponerse a pasear, bajo el pórtico, en pequeños grupos. Fuera por su afición a los epigramas, fuera porque comprendiera que en Mitilene un pensamiento profundo (una máxima moral, si uno quiere ver un poco más allá del texto) sólo podía tomar cuerpo en una gallina, o fuera por fustigar a sus olvidadizos conciudadanos, lo cierto es que escribió esa canción —y muchas otras, sin duda— que debió conocer cierta fama en Mitilene y quizás, también, en Metimna. Los transcriptoros del maestro (notablemente el serio y reverencioso Neleus, quien para consagrar tantas frivolidades dichas en tono serio se mostraba el más intolerante respecto a las cosas serias dichas en tono frívolo) no quisieron saber nada de la canción, por su carácter poco formal, que, perdida en su forma escrita hasta este mismo momento, de las pandillas de niños y niñas lesbianos que la cantaban mientras jugaban a la créstola, del paciente pastor que la entonaba al ponerse el sol y volver al pueblo con el polvoriento rebaño, o de las ruidosas algarabías de los sudorosos efebos borrachos, pasó directamente —a través de una compleja cultura iletrada grecorromana-arabigocristiana-española— a labios de mi tía Flora, que la vertía en una forma bastante corrompida sobre mi lecho de enfermo.

A eso de los doce o trece años me enseñaron las palabras *ética* y *épica* simultáneamente pero por distinto conducto —uno era el profesor de religión y otro el de literatura—, con tan poca previsión y mala fortuna que ambas palabras se mezclaron durante mucho tiempo, sin que lograra distinguir cuál era el significado de cada una hasta años después.

—Así pues, dime, Juan, qué es la poesía épica.

—Es la poesía que trata de las costumbres.

—No, no lo sabes —contestaba el profesor, un tanto sorprendido—; se ve que no lo sabes. —Se veía más bien que quien estaba recapacitando era él (un error de su parte era mucho más grave y notorio que uno mío) y, para curarse en salud, con impavidez profesoral, me explicaba—: La poesía que trata de las costumbres es la costumbrística.

No he vuelto a oír hablar de la «costumbrística». No la he buscado mucho (no creo que mi repugnancia por el costumbrismo nazca de ese incidente) pero no la he vuelto a encontrar. Así que para subsanar una confusión que me producía bastantes sinsabores acudí a una de esas privativas reglas nemotécnicas que los niños inventan, conservan y ocultan con el más riguroso celo.

ePica = Poemas eTica = Tonterías

A continuación vino la lírica, pero la distinción fue mucho más fácil de mantener en la memoria gracias a la ayuda que le prestaba el instrumento de cuerdas. Sin embargo creo yo que nunca llegó a satisfacerme: en un primer lugar porque no podía comprender que una canción de gesta no se pudiera recitar con un instrumento de cuer-

das: en todo caso sería cosa de cambiar de melodía sin mudar el instrumento. Miradas las cosas desde otro punto de vista tampoco me casaban: aceptaba de buen grado que todo lo que no fuese épica fuese lírica. Ahora bien, ¿todo lo que no era lírica era épica? A mí me parecía que no; así pues, ¿dónde está ese tercio excluido en una proposición y en la otra no? Parecía un movimiento de estrellas: una cierta poesía se eclipsa cuando la lírica se coloca detrás o después de la épica, pero aparece cuando, estando la lírica delante de la épica, aquélla se sitúa entre las dos. Así que le consulté mi duda al profesor.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Sí. ¿Dónde está? ¿Cuál es?

—¿Cuál es qué?

—La poesía que aparece cuando se coloca la lírica antes que la épica.

—La costumbrística —me dijo, para salir del paso, sin levantar la vista de su cuaderno de notas.

Para empezar, lo primero que hace todo poeta épico antes de embarcarse en su penosa travesía es invocar el favor de la Musa:

*Cuéntame, oh Musa, tú, el varón que pudo
a la enemiga Francia echar por tierra.*

El Bernardo, I, 1-2

Y a nadie debe extrañar que sea así porque las más de las veces los hechos que ha de narrar son tan extraordinarios que el pobre poeta

—un hombre modesto— no se siente con arrestos bastantes y ha de recurrir a la ayuda externa para traerlos hasta el lector. Esa ayuda externa, ese aire que alguien sopla y le insufla para volar por las desconocidas alturas desde donde se ve un mundo distinto, es lo que se ha llamado desde siempre la inspiración. A veces es la Musa la que en realidad canta porque el poeta se confiesa un mero transcriptor; otras el poeta pone los instrumentos dejando que la Musa los accione, llegando a concebir curiosas fórmulas de colaboración que, aunque situadas en un terreno místico, empiezan a rayar en la pornografía:

*Musa divina, en su costado abierto
baña mi lengua y muévela en su nombre.*

La Cristiada, I, 3-4

Cuando se limita a una petición razonable, el poeta —comprendiendo sin duda que parece mucho exigir a la Musa que le suministre toda la tirada— la reclama solamente para ciertos pasajes difíciles o para asuntos muy específicos:

*Y adorna tú con el primor del arte
el admirable principal intento,
cuanto conviene de su dulce parte
ser adornado el alto heroico acento:
lo uno y lo otro es gracia que reparte
a su elección tu favorable aliento.*

El Monserrate, I, 18-20